

Extracto de un viejo carnet: París, verano de 1916

León Trotsky

Otoño de 1916

(Tomado de “Extracto de un viejo carnet: París, verano de 1916”, en León Trotsky, *Literatura y revolución*, Tomo II, Ruedo Ibérico, Colombes, 1969, páginas 31-42. Estas líneas fueron escritas durante el otoño de 1916 para la prensa rusa, legal en aquel entonces. Sin embargo, no fueron publicadas. El tono más que moderado del relato se explica por consideraciones de censura. L.T. [*Krasnaya Niva*, número 1, 1922])

No habiendo, como quien dice, salido de París este verano, he podido observar día a día el nuevo ajeteo de la ciudad. Dos años han pasado desde la época en que el ejército de von Klück se acercaba a esta ciudad. Uno de los diputados socialistas evocaba recientemente en la prensa esas jornadas dramáticas. Después de los comunicados triunfales de las primeras semanas, Francia se percató repentinamente del peligro mortal que se cernía sobre París. Vacilante, el gobierno se preguntaba si habría que defender a la capital. Los grandes propietarios influyentes de París, temerosos de las destrucciones de la artillería alemana, hacían presión para que la capital fuese declarada “ciudad abierta”, es decir, para que le fuese entregada al enemigo sin combate alguno. Sembat se dirigió al grupo parlamentario socialista e hizo saber que Viviani se negaba a asumir por más tiempo la responsabilidad del país si no obtenía la colaboración de los socialistas. “Nos miramos unos a otros con horror”, cuenta ese diputado. Longuet se opuso a la proposición; Sembat y Guesde la aceptaron. Esos hombres, que no estaban hechos para los grandes acontecimientos, se embarcaron en su gran corriente. Uno de los miembros del grupo socialista, divulgando determinados hechos internos, condujo al grupo a disolverse a sí mismo y a confiar todos los poderes a un comité; éste designó a Sembat y a Guesde para el puesto de ministros. El gobierno, de acuerdo con el estado mayor, estaba a la sazón a punto de evacuar París. La izquierda protestó, los ministros socialistas se hicieron eco de esas protestas. El general Gallieni, encargado de defender París, convocó a Hubert, secretario del sindicato de los obreros de pico y pala parisienses, dándole órdenes terminantes de movilizar a sus hombres para cavar trincheras. En París se constituyó un ejército móvil que debía desempeñar más tarde un papel decisivo en la batalla del Marne... París, con un tercio de su población evacuada, fue salvado.

Reinaba aún en París ese estado de tensión triunfante y bulliciosa del tiempo en que el peligro parecía suspendido sobre la ciudad; el gobierno de la república se reunía en Burdeos y las mujeres de la pequeña burguesía desplegaban como banderas flamantes vestidos de duelo, sobre todo cuando se trataba de parientes lejanos; las madres y las obreras se abstuvieron de toda manifestación vistosa de este tipo. Algunas semanas más tarde, el luto, llevado por casi todas aquellas que podían ofrecerse ese modesto lujo, se había convertido en el último grito de la moda, y las siluetas de las mujeres de negro daban a las calles un insólito postín... Habiendo alcanzado ese punto extremo, la moda declinó rápidamente, el “gran duelo” dejó de estar en boga y los vestidos de colores devolvieron a las calles de París uno de sus aspectos característicos en tiempo normal. En lo que respecta a la respetable prensa burguesa, la cual exaltaba no hace mucho “el estoicismo antiguo” de la francesa, exigía ahora la elegancia como un deber patriótico: ¡gústete o no le guste, los clientes norteamericanos vuelven a París en busca de nuevas muestras del gusto francés! Cuando los soldados que vienen del frente con permiso de seis días consiguen echar una ojeada a su alrededor (y esto se produce generalmente en

el momento en que tienen que tomar el vagón de vuelta al frente) comprueban con estupor que la vida prosigue su curso normal. La gente ha acabado por acostumbrarse a una guerra que, sin decirlo, presienten que ha de durar aún mucho tiempo.

Bajo ese cambio de actitud se desarrolla, sin embargo, un proceso de empobrecimiento menos rápido, fundamental e ininterrumpido que, como un gusano, está minando las bases de la existencia. El revestimiento de las calles desaparece poco a poco: se recubre sólo en casos muy raros. El gas escapa de los faroles y, aunque la escasez creciente del carbón ha hecho de aquél una sustancia preciosa, nadie los repara. Los cocheros y los chóferes de taxi son insuficientes y, a pesar de que varios centenares de emigrados rusos conducen ahora automóviles, los chóferes se han convertido en una clase casi aristocrática. En lo alto de las torres, en los quioscos y en las tiendas, los relojes se paran uno tras otro, marcando la hora de todos los meridianos menos el de París.

Las calles de la capital francesa no han brillado jamás por su limpieza, ahora menos que nunca. Los célebres edículos de hojalata frente a los cuales Houdave y Dubas efectuaron sus curiosas encuestas estadísticas, envenenan el aire del verano más que nunca. El número de perros ha crecido, y la policía, que en otras circunstancias sabe mostrarse muy enérgica, es incapaz de obligar a los perros a llevar bozal y menos aún a estar limpios. En diferentes barrios de la ciudad existen numerosos terrenos rodeados de empalizadas, y edificios por terminar: hoy sólo se construyen fábricas de guerra; todas las demás obras se encuentran en el punto en que estaban el 2 de agosto de 1914: no hay nadie para construir, nadie para quien construir.

Bastaron algunos días para cubrir de verdor los bulevares, los jardines públicos y los parques, cuando, después de la humedad desagradable y gris de la primavera, los primeros calores se dejaron sentir repentinamente sobre la ciudad. París, rejuvenecido, se hizo más elegante en su maravilloso atavío de plátanos, castaños y acacias. Esto no duró mucho tiempo. No había nadie para regar los bulevares, y en vano las tiernas hojas de los árboles mendigaron agua... El estuco de un gran número de edificios se desconchaba: al no percibir más los alquileres, los propietarios han dejado totalmente de reparar sus edificios. Los escaparates de numerosas tiendas siguen rotos. Los vidrieros, que venden ahora su mercancía a precio de oro, se anuncian en las calles lanzando gritos insoportablemente agudos. El correo funciona con una lentitud espantosa: en el interior de la ciudad las cartas necesitan tres o cuatro días para llegar a su destino, ¡y eso si llegan! Muy recientemente, en el distrito XVIII se descubrió que un buzón de cartas empotrado en una farola había acabado por desfondarse. ¿Cuántos buzones como éste hay hoy en París?, esa es la pregunta melancólica que se hacen los periódicos.

Nunca es París tan triste como en la noche, en las horas en que, en tiempo de paz, destellan todas las luces de su fantástica vida nocturna. Durante los primeros meses los cafés cerraban a las ocho, más tarde pudieron seguir abiertos hasta las diez y media. El temor de los zepelines hace que se pongan persianas a las ventanas, pantallas de colores a las lámparas; tanto es así que en las terrazas los clientes están sentados en una semioscuridad. En los hogares se bajan las persianas todas las noches a pesar de la atmósfera irrespirable. Escudriñando el aire, los policías de patrulla toman nota de las ventanas iluminadas, y las porteras suben las escaleras de cuatro en cuatro para tocar, llenas de terror, a las puertas de los inquilinos infractores. De dos en dos, los agentes recorren en bicicleta las calles oscuras y silenciosas, pidiendo los papeles a los transeúntes que llaman su recelosa atención. La gente que quiere pasar un buen rato tiene que esconderse. Por la noche, se bebe champaña en hoteles “amigos”, con los cerrojos pasados. Para jugar al bacará o bailar el tango hay que bajar a los sótanos y cerrar cuidadosamente puertas y ventanas. Los moralistas llenos de condescendencia ven con

satisfacción en esas precauciones totalmente involuntarias el homenaje que el vicio rinde a la virtud.

En una calle como la rue Mouffetard, París muestra su atraso técnico y sanitario, su pobreza y su suciedad. Entre dos muros de piedra, al pie de los cuales se amontonan carretillas cargadas de legumbres averiadas, zapatos poco reconocibles, carne de caballo listada de azul y todo tipo de menudencias comestibles y no comestibles, en una calzada estrecha, escarpada e irregular, en medio de tarimas dudosas de mantequilla y de carne, de cestos de frutas pudriéndose, en una nube compacta de pesados olores, se agitan ancianos de pantalones de pana marchita cayéndoles sobre los zuecos, mujeres de músculos flácidos (excepto los conservados por el trabajo), niños de mejillas chupadas y perros... Se podrían reunir de manera expresiva todos esos elementos en un cuadro de conjunto; cada detalle vivo proclama con elocuencia la pobreza. la opresión, los nervios gastados por el miedo al hambre. ¡Oh París! ¡Oh labor! ¡Oh miseria!

El león de Belfort, pesada masa de metal, reposa sobre un zócalo de piedra. Bajo su pata se encuentra una flecha de granito, mientras que su cola pende como un poderoso resorte. Los pájaros han anidado en sus mandíbulas entreabiertas y sale paja por entre sus colmillos reales: nadie ha sido encargado de quitar la paja de las fauces del león de Belfort.

No por ello dejan de estar firmes en su lugar los incomparables monumentos de París. Estos son incontables, y confieren una inexpresable nobleza a esta vieja ciudad espléndida y sucia. El espíritu de libertad se eleva, silueta reconocible, por encima de nosotros en la plaza de la Bastilla. La República ocupa firmemente su Plaza. Las palomas han dejado sobre la cabeza y la mano de Danton rastros, desde hace mucho imborrables, de su intimidad con el tribuno revolucionario. Augusto Comte, frente a la Sorbona, está ennegrecido por el polvo y el hollín. Carlomagno y sus dos hijos se destacan, más limpios que otros, en su fondo de verdor frente a Notre-Dame. Frente al Louvre se alza el monumento a la gloria de Gambetta, de un estilo pomposamente complicado y sin alma, al igual que el monumento a Waldeck-Rousseau en las Tullerías, y, de una manera general, toda la estatuaria de la tercera república. Inviolable, Notre-Dame os llena de admiración cada vez que se percibe “por casualidad” esta creación de las manos del hombre. Marinetti, el chillón futurista italiano, quiere desembarazar la superficie de la tierra de todas las catedrales y de todos los museos a fin de preparar la vía a las nuevas formas de arte del porvenir. La artillería está realizando una parte de ese programa de demolición. No cabe duda alguna de que después de esta liquidación, que sin embargo no se realiza según los principios de la estética futurista, va a comenzar un nuevo capítulo de la historia humana, y, por consiguiente, un nuevo capítulo de la historia del arte, ya que el arte no ha tenido jamás nuevos capítulos *independientes*. Cuando la humanidad del porvenir se haya vuelto sobre sí misma después de la guerra, la distancia histórica que la separará de esta Edad Media que ha encontrado una expresión tan perfecta en los arcos de Notre-Dame, habrá crecido, sin duda alguna, infinitamente. A pesar de ello, o más bien a causa de ello, la humanidad, capaz de crear nuevas formas de vida y de arte, curará todas las llagas soportables por las viejas catedrales y los viejos museos... Es bueno que Notre-Dame exista.

Como todo lo que es perfecto, el patio del Louvre no cansa jamás la vista, por mucho que se le contemple. ¡Qué armonía, qué concordancia tranquila se han plasmado en los edificios del Louvre! En el Palais Royal se siente la dulce nostalgia de una época ida para siempre. En el arco triunfal de Napoleón se expresa no solamente la vana gloria militar, sino también la potencia. Las estatuas y las fuentes de las Tullerías reposan en una calma espléndida en medio del verdor y las flores. Aquí se riegan las plantas con solicitud, y esas frescas avenidas son incomparables por las combinaciones cromáticas

que ofrecen. La plaza de la Concordia expresa el espacio mediante la piedra. Las libres perspectivas enmarcadas por la vegetación, transportan el pensamiento más allá de la ciudad, y sin embargo nada expresa mejor la belleza de la ciudad que esta plaza de la Concordia. Cuando se desemboca en este espacio libre, al salir de la estación Concordia, después de abandonar el largo túnel del metro que corre bajo el Sena, se está cada vez bajo la fascinación agradecida de que tal cosa exista y de que se la pueda contemplar. Los viejos señores que dormitan sobre sus periódicos en los bancos del Jardín de las Tullerías, las mujeres que tejen al tiempo que vigilan a sus niños que juegan, asombran por su indiferencia rutinaria: se tiene la impresión de que no se debería venir aquí, como tampoco al teatro o a una galería de arte, trayendo consigo trabajo o lectura. En los días feriados, una multitud de gente que ha salido a tomar el aire se arrellana en los bancos o en las sillas que se alquilan en los Campos Elíseos, observando con ojos de hastío los coches que pasan. En la avenida de los Campos Elíseos los edificios privados desocupados tienen aspecto de palacios; un gran número de ellos ha sido transformado en hospitales, institutos de reeducación física para los mutilados, o en almacenes de artículos fabricados para las víctimas de la guerra. Ambulancias con el emblema de la Cruz Roja llevan y traen heridos. La plaza de la Estrella, gigantesca estrella de París de donde parten doce avenidas, es uno de los puntos de convergencia de la ciudad. El flujo y el reflujo de su vida corren a lo largo de sus doce arterias. Mientras que la plaza de la Concordia expresa, en el lenguaje de la arquitectura, la belleza del espacio, la plaza de la Estrella revela la armonía oculta en el caos del movimiento. París es magnífico.

El Barrio Latino es, más que cualquier otro, el reino de la mujer. Casi no hay estudiantes. El célebre salón de baile Bullier está cerrado. Por el contrario, se encuentran numerosas estudiantes, inclusive rusas, de las que, como dice un periódico francés, poseen el arte secreto de vivir con veintiséis francos al mes... ¡Cuántas mujeres abandonadas, languidecientes en sus llantos, que recurren a la lectura! Nunca las mujeres “del pueblo” han leído tanto como ahora. Devoran todo lo que les cae entre las manos, todo lo que pueda distraerlas del tiempo actual; leen sobre todo novelas y obras de teatro, historias rosas, historias fantásticas y novelas policíacas... Evitan en lo posible leer las noticias del frente, limitándose a preguntar a sus hombres: “*Ça va avec la guerre?*”, y ellos responden: *Pas mal! pas mal!*¹ moviendo la cabeza en forma característica. En la estación del Norte y en la estación del Este los trenes llevan y traen a los soldados con permiso. Muchos son esperados o despedidos por mujeres: madres, esposas, hermanas. Los hombres sin familia vagan por la estación solitarios y desalentados; desde que bajan las escaleras para ir a la calle, son abordados por las prostitutas, firmes en su puesto...

Urbano Gohier exige medidas terminantes contra esas “envenenadoras de la salud física y moral”; su rigor es aún más implacable contra los apaches. Durante el primer año de la guerra, éstos habían desaparecido casi por completo; la criminalidad había declinado bruscamente, y los trovadores de la prensa se pusieron a hablar de la influencia regeneradora de la guerra. Georges Brandes, que había sido como quien dice completamente destronado por la prensa francesa debido a su “neutralismo moral”, fue invitado muy en serio por uno de los mayores periódicos franceses a venir a París, para ver con sus propios ojos el grado de pureza que habían alcanzado las costumbres... También en este campo, la reacción no tardó en producirse. Como todos los otros aspectos de la vida, el crimen se despertó poco a poco del letargo en que la guerra lo había sumido. En pleno día se sucedieron asesinatos y robos temerarios, así como combates entre las bandas. “¡Hay que limpiar París!”, gritó la prensa. En el momento crítico del paso del estado de guerra al estado de paz, los fomentadores de desórdenes y los criminales no

¹ En francés en el texto original. [¿Cómo marcha la guerra? ¡Nada mal, nada mal!]

deberían estar presentes en la capital. “Gobernar es prever. ¡Prever es limpiar!”, éste es el aforismo de Urbano Gohier. Puede ser que el lector no conozca a este moralista; su reputación le viene de sus panfletos contra el militarismo, el clericalismo y la reacción en la época del proceso Dreyfus. En aquel entonces, se distinguía de los otros partidarios de Dreyfus por la mordacidad y la brillantez de sus ataques contra el militarismo y los sacerdotes; llegó hasta a atacar a Jaurès, reprochándole su tendencia al compromiso. Gohier no conservó mucho tiempo esta posición. Algunos años más tarde, lo encontramos aliado a los nacionalistas, a los antisemitas, y hasta a los monárquicos. A lo largo de su carrera paradójica, la única constante de Gohier es su odio celoso a Jaurès. Hoy es uno de los escritores franceses más comprometidos con la policía y la reacción.

El año pasado, muy pocos fueron los burgueses que salieron de París durante el verano; igualmente, pocas mujeres se confeccionaron nuevos vestidos: se esperaba que la guerra terminaría pronto; entonces, pensaban, llegará el momento de pagarse nuevos vestidos y chalets. La guerra no ha terminado, los vestidos se han desgastado, el luto se ha vuelto insoportable y, entre los que se han quedado en la retaguardia (con la excepción, claro está, de los que están obligados a reunir sus energías para luchar contra el alto precio de la mantequilla y del carbón, es decir los habitantes de los barrios obreros) ha nacido un deseo violento de “disfrutar” en lo posible, en tiempo de guerra, de esta vida que se nos escapa entre los dedos. Nunca, dicen los sastres y los modistos, las mujeres de la burguesía parisiense se han mandado hacer tantos trajes como este año. Todos los chalets de las afueras y de la costa están repletos. Si creemos *Le Figaro*, la temporada en Evian ha superado las previsiones más “optimistas”. Todas las formas del deporte conocen aquí un auge sin precedentes. Los periódicos mencionan al barón de Mantashev (?), Pierre Lafitte, Sam Park, Cana (?), Fould, Von Heickel (?), en suma, ¡una verdadera internacional de alegres juerguistas; nunca antes se habían comprado tantas joyas. Los orfebres exhiben maravillosas combinaciones de diamantes y de platino. Los diamantes no tienen sólo un fin ornamental, sino que constituyen un medio de invertir capitales. Los valores no son seguros, y, además, están sometidos al impuesto. ¡Quién sabe cuánto tiempo puede durar aún la guerra y qué impuestos nos reserva el porvenir! Mientras que los diamantes son siempre diamantes y el que los colecciona podrá hacer frente a cualquier situación. La gente de la retaguardia se ha dado cuenta de repente de que han envejecido, como quien dice, de dos años, y quieren vivir la “vida” de la que *La Vie Parisienne* trata de ofrecer una imagen.

He ahí una publicación en la que ni el impresionismo, ni el puntillismo, ni el cubismo han dejado la menor huella. Hace cien años, cuando los ejércitos aliados entraban en París para restaurar la dinastía “francesa”, los artistas de moda pintaban la elegancia intrigante exactamente con los mismos procedimientos y colores que los utilizados por los artistas de hoy, cuyas obras se publican en *La Vie Parisienne*. Hay que añadir, que hace cincuenta y cuatro años que esta revista aparece y que Taine, sí, el mismísimo Taine, trabajó en ella. El conservadurismo de la vida diaria y de las formas de “arte” francesas (y esto, a pesar de que nuevas concepciones artísticas han nacido aquí mismo, en París) es tan poderoso como el conservadurismo de las relaciones económicas. Francia sufre muy fuertemente, durante esta guerra, el aspecto negativo de ese conservadurismo. *La Vie Parisienne* da un lugar preponderante a las historias satíricas y a las comedias que versan sobre la vida de los nuevos ricos, los que, si creemos a esta revista, están perdidos cuando se trata de vestirse, de escoger un chalet para el verano y, en general, de procurarse un marco “respetable”. Se trata de una sátira ligera, que responde al arte didáctico. Los nuevos ricos deben leer embelesados esta revista: primeramente, encuentran bocetos divertidos de gentes conocidas y además se educan imperceptiblemente el gusto. Para dar una idea más completa de esta revista, hay que añadir que es fanáticamente monárquica,

que hace campaña contra el parlamentarismo y los diputados, cuyo lugar, desde luego, debería estar en las trincheras, pero estas convicciones no impiden que uno de sus principales directores reciba un salario de subprefecto de la república. Este quisiera enviar a los diputados a las trincheras, quedándose, por su parte, sentado en la trinchera bien iluminada de su subprefectura.

*A la guerre comme a la guerre*², y los calaveras más alegres de la retaguardia no tienen más remedio que adaptarse a las restricciones fastidiosas. A numerosos “círculos” importantes les falta personal, y ese personal, por la complejidad y delicadeza de sus funciones, es menos fácil de reemplazar que un cobrador de tranvía. ¿Encuentran la vida fácil durante esta guerra los clientes de los “círculos”? Jugar a las cartas es una ocupación semi ilegal: en el mejor de los casos, la moral patriótica de los directores de “círculos” los lleva a cerrar un solo ojo ante esta actividad. La opinión pública obtusa de la calle, por razones poco claras, manifiesta cierta hostilidad contra los círculos, considerando, como se lamenta *Le Temps*, que sus miembros, aunque pertenezcan a la crema, son en su mayoría haraganes, jugadores y borrachines. La policía ha tenido inclusive que pedir a los miembros de uno de los círculos más ricos que no tomaran el desayuno al aire libre, para no ofrecer a los transeúntes un espectáculo demasiado tentador. La prensa “seria” refunfuña, solidarizándose por completo con esos círculos respetables, la mayoría de cuyos miembros eran demasiado jóvenes en 1870, y son ahora demasiado viejos para entregarse a las hazañas marciales: “No hay ni que decir que todos estamos dispuestos hoy en día a aceptar de buen grado las restricciones que la patria exige de nosotros, pero, ¿por qué será menester abstenerse de jugar a las cartas o de tomar el desayuno en el jardín?”. Se añade a esto que la caza está prohibida. Durante los dos primeros otoños de la guerra, resultaba evidente que no era apropiado tirar aquí sobre las piezas, mientras que allá se tiraba sobre otro tipo de blancos. Con el tercer otoño, la paciencia de los cazadores (los que eran demasiado jóvenes para la última guerra y son demasiado viejos para ésta) acabó por agotarse, y la prensa de la alta sociedad, que había decretado el año pasado la imposibilidad moral de cazar, ha comenzado a demostrar con mucha elocuencia que la caza no perjudica a nadie, mientras que los animales dañan los cultivos de los campesinos. En definitiva, la policía se ha puesto a argumentar, claro, no a favor de la caza, sino a favor... de la exterminación de dichos animales.

De modo general, la moral de aquel monje que bautizó a una liebre como pescado y la comió durante la Cuaresma, encuentra amplias aplicaciones en nuestros días. El año pasado, las autoridades prohibieron las carreras de caballos. Este año, parece que no son los propietarios de caballos sino los caballos de carrera los que se impacientan por volver al hipódromo. Se proclama que las carreras son necesarias al mantenimiento de las mejores tradiciones ecuestres. Tras algunas vacilaciones, las autoridades permitieron que se efectuaran en Caen, no carreras propiamente dichas, sino “pruebas”, “encuentros hípicas”, como dicen algunos periódicos: gracias a esta nueva apelación, se espera que las carreras de caballos no den lugar a amargas reflexiones en las trincheras.

Los cines, los teatros y los musicalls están casi siempre llenos; el público, cuya composición es muy democrática en su conjunto, está sumergido en una bruma de apatía y de indiferencia. Todos los espectadores parecen monstruosamente viejos y anacrónicos. Las obras se estrenaron antes de la guerra y están ahora hundidas en un pasado lejano. La música alemana ha sido desterrada, y así triunfa el verboso y petulante Saint-Saens, quien, de tiempo en tiempo, recuerda a todo el mundo, con sus cartas a *Le Fígaro*, que la mejor música es la que lleva el sello de su casa.

² En francés en el original. [Hay que arreglárselas]

Los espectáculos de revistas tratan de seguir la actualidad de más cerca. La envergadura de la imaginación creadora, ya débil, y limitada aún más por la censura, los ha reducido a un conformismo tan claramente patriótico, que no consiguen atraer por mucho tiempo a los parisienses, ni siquiera a los provincianos o a los aliados, que tanto abundan. Quizás su contenido no haya sido nunca antes tan pobre como hoy. En el Concert Mayol se presenta una colección completa de vestidos y ropa interior, procedentes casi todos de un viejo surtido. En el Folies-Bergere, el “plato fuerte” está constituido (hoy, ¡en 1916!) por una procesión de crinolinas, levitas de colores y chisteras que datan de 1860. Un resultado seguro de esta guerra es el haber llevado el arte a la bancarrota.

En los cines, las películas de guerra ocupan un lugar relativamente reducido. Las películas patrióticas sobre temas alsacianos de agua de rosas han pasado rápidamente de moda. Dramas familiares y comedias con adulterio festivo en las películas francesas; un detective irrefutable en las norteamericanas; unas y otras sin relación alguna con la realidad actual. La mayor parte de estas películas son viejas: ya han sido exhibidas y no han resistido la prueba del tiempo; la pantalla da fe a su manera del proceso de empobrecimiento técnico y cultural. El público está aletargado, no triste, sino de cierto modo ajeno. La gente se marchita esperando el gran vacío que debe invadir su vida personal, mientras que la época tiende fuertemente las fuerzas colectivas. Buscan consuelo o distracción; encuentran un asiento, miran y escuchan pasmados y, al día siguiente, vuelven a encontrar la misma cosa. Solamente el sábado, en los pequeños teatros de barrio, se encuentra un público vivaz, que aprecia lo que se le ofrece: jóvenes obreros, y sobre todo obreras, las que, tras una semana de trabajo intenso, arden en deseos de oír, de ver, de reír. Las obras con que París divierte a ese público no honrarían a Jitomir. Ernest Pacra, director del pequeño teatro llamado *La Chanson*, compone él mismo los vodeviles en dos actos, en colaboración con un periodista cualquiera, cuya ayuda parece necesaria para corregir su ortografía. Pacra es un “verdadero parisiense de París”, como se anuncia en sus carteles: hijo de Montmartre, aprendiz joyero, aprendiz grabador, cantante “lírico” en los teatros baratos, cartógrafo militar, luego director de pequeños teatros. *Le seul directeur qui respecte le public*³ presenta a un novio disipador, que no tiene ni botines acharolados ni chistera en vísperas de su boda, pero posee un viejo servidor astuto y fiel. El viejo tuno, verdadero actor del faubourg consigue robar una chistera en un café, pasmando al público que el director Pacra “respeta”.

Los “horrores” a los que asistía (en el Gran Guiñol) en estos últimos años, un público esencialmente burgués e intelectual, ahora son los pequeños burgueses que se han quedado en París durante el verano, y algunos soldados con licencia, en compañía de sus mujeres y sus hijos, los que vienen a verlos. También aquí, casi todas las obras son viejas. Se muestran al público los horrores de una muerte lenta en un misterioso castillo donde están reunidos unos millonarios enfermos de lepra. Esos horrores parecen suavizados por la escala omnipresente de la época en que vivimos. Cuando el héroe trepa al escenario, en medio de la oscuridad, para arrancarle un collar de gran valor a una millonaria roída por la lepra, el público estalla en carcajadas, a guisa de desprecio por la oscuridad, la lepra y todo el esfuerzo hecho para impresionarlos con tales efectos. Raros son los espectadores que aplauden cuando descende el telón sobre las contorsiones, las máscaras negras y los cadáveres. En el célebre Caveau de la République, no se puede encontrar lugar el sábado. El público, completamente democrático, compuesto principalmente de obreros, ocupa todos los asientos y la entrada. “Aquí no es como en la ópera, con un telón y todos esos chismes”, dice el director, desplazando el escenario con la ayuda de un mozo,

³ En francés en el original. [El único director que respeta el público]

empujándolo hasta los pies de los espectadores, para dar cabida a una docena de recién llegados: “aquí, como ustedes ven, todo está claro”. Un cantante declama algunos versos indecentes sobre Jojo (Francisco José), cuenta cómo los alemanes sueñan con inspeccionar el interior del Obelisco, imaginando, desde luego, que es hueco, y habla de Gustavo Hervé, que se convirtió en diputado de la reacción después de la guerra. Estos temas casi políticos se ahogan en un tejido de sentimentalismo, de erotismo y de pornografía. Como es de esperar de parte de un buen *chansonnier* francés, casi no tiene voz y cuando un barítono de buena voz pasa a ocupar repentina e inesperadamente el escenario, resulta que se llama Wolff (¡qué pecado!), lo que obliga al incansable director a explicar que el cantante no tiene nada que ver con la archiconocida agencia telegráfica alemana.

Al salir del teatro, del cine o del cabaret, la gente se encuentra de nuevo en las calles oscuras y, si llueve, debe cuidarse de no meter el pie en los baches de la calzada.

Pocos coches. En la estación del metro, torbellinos de gente regresan a casa. Muchas mujeres con los niños que han llevado al cine, muchos hombres con muletas. Cansadas, las picadoras pican, las revisoras ayudan a los mutilados a encontrar asiento. Las porteras, hurañas, no se apresuran mucho a abrir a los inquilinos, los que, amparados en la moratoria, ya no pagan el alquiler a los desdichados propietarios.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es